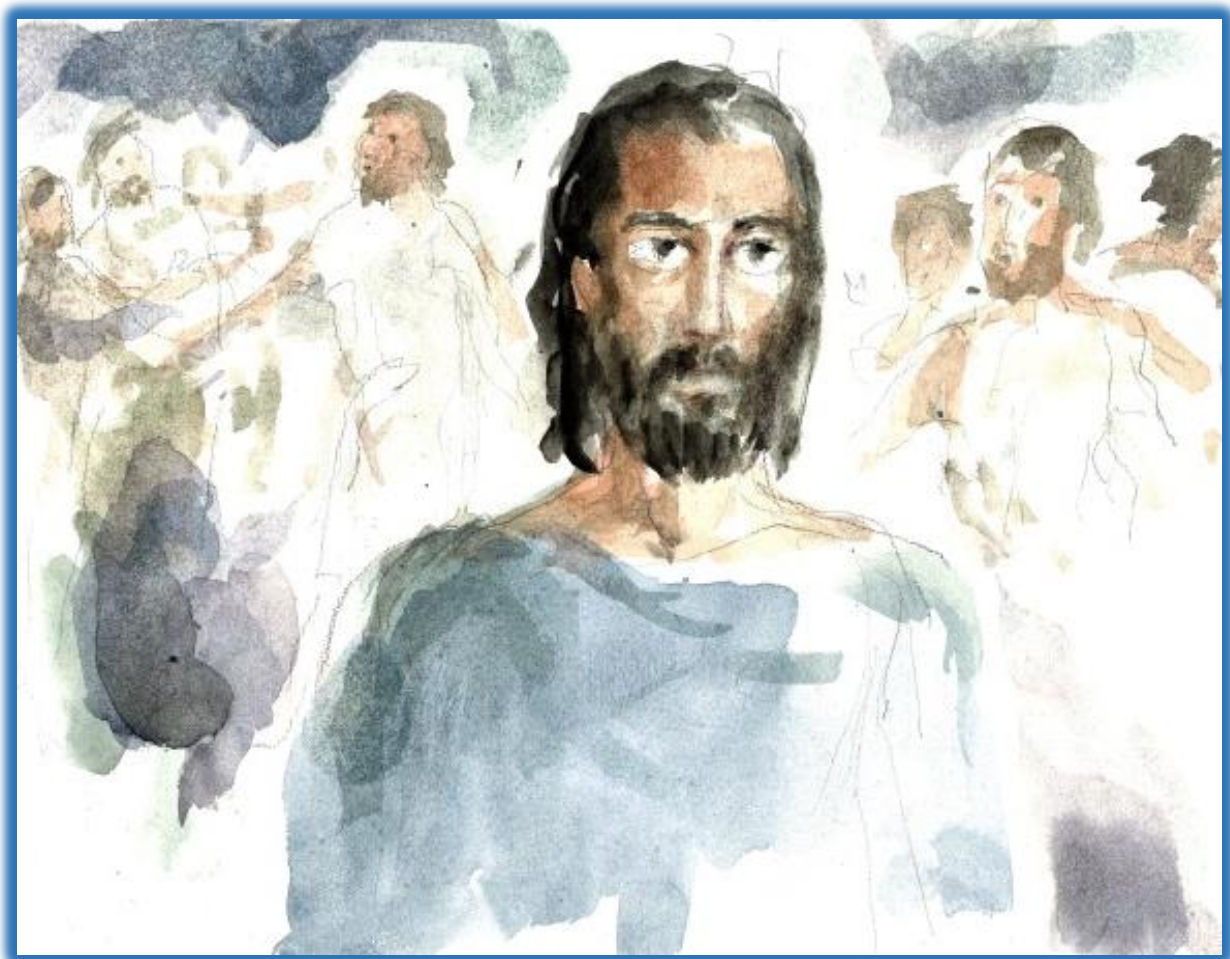


Sal y Luz

Domingo XIII Tiempo Ordinario (C) 26.6.2022

Nº 136 Parroquia San Carlos Borromeo

Quien tiene la suerte de conocer a un joven o una chica que deja su familia de origen, los estudios o el trabajo para consagrarse a Dios, sabe bien de lo que se trata, porque tiene delante un ejemplo vivo de respuesta radical a la vocación divina. Esta es una de las experiencias más bellas que se hacen en la Iglesia: ver, palpar la acción del Señor en la vida de las personas; experimentar que Dios no es una entidad abstracta, sino una Realidad tan grande y fuerte que llena de modo sobreabundante el corazón del hombre, una Persona viva y cercana, que nos ama y pide ser amada. (Benedicto XVI, 27.6.2010).



Indurì il volto guardando Gerusalemme, acuarela de Maria Cavazzini Fortini.

***Tomó la decisión de ir a Jerusalén.
(Lc 9,51-62)***

COMENTARIO

1.ª lectura: 1 Re 19,16b.19-21: *Eliseo se levantó y siguió a Elías*

Salmo resp. 15. R. *Tú eres, Señor, el lote de mi heredad.*

2.ª lectura: Gál 5,1.13-18: *Habéis sido llamados a la libertad.*

Evangelio: Lc 9, 51-62: *Tomó la decisión de ir a Jerusalén. Te seguiré adondequiera que vayas.*

JESUCRISTO: DETERMINACIÓN DETERMINADA

1.- Introducción

Cristo es rechazado por una aldea samaritana por el simple hecho de que se dirige a Jerusalén. Las antiguas tensiones entre Judea y Samaría reflorecen. Ahora bien, los samaritanos, que se sentían excluidos, a su vez excluyen y rechazan a Cristo. La cuestión «étnica nacional» se antepone a Cristo. La historia de nuestra fe nos hace ver lo difícil que es evangelizar la nacionalidad, lo poco que hace falta para que las cuestiones asociadas a ella dominen la actitud ante la fe y condicionen el obrar cristiano haciendo saltar un mecanismo que es incompatible con Cristo, como también hoy vemos en el Evangelio entre los discípulos. Al acoger a Cristo se da la salvación, es decir, la liberación de los apegos según la lógica del pecado. Los tres ejemplos sucesivos hacen entender que se puede caminar con Cristo y seguir manteniendo nuestra mentalidad y nuestros criterios. Si es que a eso se le puede llamar «caminar con Cristo», claro.

2.- Primera Lectura: Después se preparó y siguió a Elías poniéndose a su servicio. (1 Re 19, 21)

La respuesta de Eliseo a la llamada de Elías es ejemplar: deja todo y se pone al servicio del profeta. Así será también la respuesta de los apóstoles a Jesús (cfr. Mt 4,20.22; etc.) y así habrá de ser la respuesta a la vocación cuando el Señor llama a una misión que exige dejarlo todo. Pero la llamada de Jesús es aún más apremiante que la de Elías, tal como se pone de relieve en el pasaje evangélico en el que Jesús, a uno que le dice: «Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los de mi casa», el Señor le responde: «Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios» (Lc 9,61-62). Y es que

obedecer a la llamada supone radicalidad en la entrega: despréndete de las criaturas hasta que quedes desnudo de ellas. Porque el demonio nada tiene propio en este mundo, y desnudo acude a la contienda. Si vas vestido a luchar con él, pronto caerás en tierra: porque tendrá de donde cogerte.

El nombre de «Eliseo» significa «Mi Dios salva» y da razón de la figura y actividad de este profeta, de modo semejante a como el nombre de «Elías» encerraba la esencia de su mensaje: «Mi Dios es El Señor».

3.- El seguimiento de Jesús

Al encaminarse decididamente a Jerusalén, hacia la cruz, Jesús cumple voluntariamente el designio del Padre (cfr 9,31), que había determinado que por su pasión y muerte llegase a la resurrección y ascensión gloriosas.

«El tiempo de su partida» (v. 51). Literalmente, «el tiempo de su ascensión». Se refiere al momento en que Jesucristo, abandonando este mundo, ascienda a los cielos. El evangelista describe la subida a Jerusalén como una ascensión adonde iba a manifestarse la salvación. Pero la exaltación pasa por la cruz, de ahí el doble sentido que tiene esa palabra en el lenguaje cristiano: «La cruz es llamada también gloria y exaltación de Cristo. Ella es el cáliz rebosante, de que nos habla el salmo, y la culminación de todos los tormentos que padeció Cristo por nosotros. El mismo Cristo nos enseña que la cruz es su gloria. (...) También nos enseña Cristo que la cruz es su exaltación, cuando dice: *Cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*. Está claro, pues, que la cruz es la gloria y exaltación de Cristo» (S. Andrés de Creta, *Sermo 10 de Exaltatione Sanctae Crucis*).

«Pero no le acogieron» (v. 53). Los samaritanos eran enemigos de los judíos desde la mezcla de los antiguos hebreos con los gentiles que repoblaron la región de Samaría en la época del cautiverio asirio, a finales del siglo VIII a.C. (2 Re 17,24-41). Las desavenencias se hicieron más intensas con la restauración de Jerusalén, tras el destierro en Babilonia (cfr Ne 13,4-31). Por estos y otros motivos, los samaritanos no reconocían el Templo de Jerusalén como el único lugar donde se podían ofrecer sacrificios, y construyeron su propio templo en el monte Garizim (cfr Jn 4,20). Jesucristo corrige el deseo de venganza de sus discípulos (vv. 54-56), opuesto a la misión del Mesías que no ha venido a perder a los hombres sino a salvarlos. De este modo, los Apóstoles van aprendiendo que el celo por las cosas de Dios no debe ser áspero ni violento. «El Señor hace admirablemente todas las cosas (...). Actúa así con el fin de enseñarnos que la virtud perfecta no guarda ningún

deseo de venganza, y que donde está presente la verdadera caridad no tiene lugar la ira y, en fin, que la debilidad no debe ser tratada con dureza, sino que debe ser ayudada» (S. Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam, ad loc.*).

Algunos manuscritos griegos, que fueron seguidos por la *Vulgata*, añaden al final del v. 55: «diciendo: No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido a perder a los hombres sino a salvarlos».

Sabido es que Jesús, al igual que san Juan Bautista, y como solían hacer los rabinos de su tiempo, reunió en torno a sí un círculo de discípulos; y si es verdad que los seguidores de los rabinos pueden llamarse con cierta propiedad «discípulos» –pues no se limitaban a aprender la Ley, sino que trataban de asimilar sus ejemplos y su género de vida–, las diferencias que hay entre los rabinos y sus escolares y Jesús y sus discípulos son mucho mayores que sus semejanzas.

Como en los inicios de su actividad (cfr 5,1-11), también ahora hay personas que se sienten llamadas a seguir a Jesús (vv. 57-62). Pedro y los demás apóstoles «dejaron todas las cosas» (cfr 5,11.28) para seguirle; estas personas, en cambio, todavía tienen que desprenderse de algo. Del mismo modo, su actitud contrasta con la de Cristo a quien poco antes el evangelista ha mostrado firmemente decidido (cfr 9,51) en su camino hacia Jerusalén. Seguir a Jesús exige radicalidad: «A veces [la voluntad] parece resuelta a servir a Cristo, pero buscando al mismo tiempo el aplauso y el favor de los hombres. (...) Se empeña en ganar los bienes futuros, pero sin dejar escapar los presentes. Una voluntad así no nos permitirá llegar nunca a la verdadera santidad» (Juan Casiano, *Collationes* 4,12).

Una de las características más llamativas del seguimiento de Jesús es el carácter absoluto de sus exigencias, conforme al mensaje del Reino. **Jesús no quiere discípulos con el corazón dividido**; los quiere convencidos de la absoluta novedad del Reino, y entregado a él con todas las fuerzas de su corazón. Pues bien, son estas exigencias las que aparecen en el Evangelio de hoy, en el que se han reunido tres episodios con el factor común de que todos hacen referencia a la «puerta estrecha» por la que ha de pasar el discípulo.

En el primero, alguien –según el pasaje paralelo de san Mateo– un escriba se ofrece entusiasmado a seguir a Jesús, y éste le hace notar con realismo lapidario la dificultad de la empresa: el Hijo del Hombre lleva vida de apátrida, y hasta los animales tienen un vivir más seguro que el suyo. Seguirle es participar en ese mismo destino. Era como decir: antes de decidirte, calcula bien las consecuencias. Jesús no quiere engañar a nadie. Los hombres políticos prometen mares y montes antes de las elecciones, reservándose hablar de dificultades sólo después de haberse

asegurado el voto. Jesús hace exactamente lo contrario. Seguir a Cristo debe ser una elección en libertad. Nadie podrá nunca decir haber sido «engañado» por Cristo.

Pero es el segundo episodio el que más nos llama la atención. En este segundo encuentro es Jesús mismo quien hace la invitación a seguirle: «A otro le dijo: “Sígueme”. Él respondió: “Déjame primero ir a enterrar a mi padre”. Le contestó: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el reino de Dios”». ¿No sobrepasan aquí las exigencias lo que humanamente puede pedirse? ¿No es, además, un deber de piedad filial el enterrar a un padre? Es evidente, sin embargo, que Jesús no se caracterizaba precisamente por su falta de sensibilidad o su dureza de corazón. Lo que sucede es que tal vez entendemos aquí más de lo que dice el texto. «Ir a enterrar a mi padre» parece suponer que el padre del llamado estaba agonizando o recién muerto. Pero probablemente el texto no dice tanto. Es un modo corriente de expresarse entre los semitas el añadir innecesariamente verbo como «ir» «levantarse», «salir», para decir simplemente que se hace una acción. De ello hay muchos ejemplos en los Evangelios. Así, dice Jesús: «No me elegisteis vosotros, sino que os elegí yo y os puse para que vayáis y deis fruto». ¿Adónde han de ir los apóstoles? En tales casos, al traducir debe prescindirse del verbo «ir». Diría, pues, nuestra frase: «Deja primero que entierre a mi padre». No es preciso, entonces, suponer que su padre está enfermo o muerto, sino que el llamado aplaza el seguimiento mientras viva su padre.

En otra ocasión, Jesús afirma con fuerza el deber de honrar al padre y a la madre; dice, además, que no es lícito privarles del apoyo material, aunque éste fuese necesario por hacer una ofrenda al templo (cfr. *Marcos 7,10-13*). Entonces, ¿cómo es tan drástico aquí? Él escudriñaba los corazones y ha visto en la petición una confesión por parte del que ha sido llamado, una indecisión, el deseo de tomarse tiempo, en suma, un subterfugio. Y esto es peligroso. **Sus caminos pudieran ya no encontrarse más. Cuando es Dios mismo quien llama, cualquier otro deber pasa a un segundo término.**

Otros piensan que se trata aquí de un proverbio arameo citado por Jesús. No conviene olvidar, por lo demás, que la fuerza de este tipo de sentencias, al igual que los refranes, está precisamente en su carácter lapidario y extremo, que sirve para llamar la atención sobre el aspecto de verdad que se quiere destacar.

«Otro le dijo: “Te seguiré, Señor. Pero déjame primero despedirme de mi familia”. Jesús le contestó: “El que echa mano al arado y sigue mirando atrás no vale para el reino de Dios”».

Para comprender esta tercera respuesta es útil conocer que el arado palestino, muy ligero, se maneja con una mano que asegura su posición vertical, le da profundidad presionando, y le levanta al pasar entre piedras. La otra mano la necesita el labrador para estimular a los bueyes con una larga vara. Esta forma de arar exige habilidad y atención, ya que, si el labrador se distrae, el nuevo surco se tuerce. La misma atención necesita el seguidor de Jesús: quien no es capaz de concentrar sus fuerzas en el Reino, no es digno de él.

El seguimiento de Cristo no admite sentimientos, volver a pensar, compromisos. El labrador, que ara el campo con la vista vuelta atrás, de seguro no trazará un surco recto... Jesús da la misma enseñanza en positivo con las parábolas del tesoro escondido en el campo y la perla. Ni el ciudadano ni el mercader tienen tiempo para calcular o sopesar: a fin de no perder el tesoro y la perla lo venden todo y de inmediato. No miran hacia atrás.

La enseñanza perennemente actual de esta página del Evangelio es que no se puede relegar a Dios a un lugar accidental, anteponiéndole prácticamente todo: trabajo, negocios, deportes, familia... No debemos cometer el error de anteponer sistemáticamente lo urgente a lo importante. Hay una cosa verdaderamente importante en la vida, desperdiciada la cual está todo perdido.

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

SAN LEÓN MAGNO, Sermón: *Por la Resurrección de Cristo somos nueva creatura*, PL 54, 388

«Nadie que echa mano al arado y sigue mirando atrás es apto para el Reino de Dios»

Amados míos, Pablo, el apóstol de los paganos no contradice en nada nuestra fe cuando dice: «Aunque alguna vez hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no es así» (2 Co 5,16). La resurrección del Señor no ha puesto fin a su carne, sino que la ha transformado. El aumento de su poder no ha destruido su sustancia; la calidad ha cambiado; la naturaleza no ha sido anonadada. Clavaron su cuerpo en la cruz: se volvió inaccesible al sufrimiento. Fue condenado a muerte: se volvió eterno. Lo mataron: se volvió incorruptible. Y se puede muy bien decir que la carne de Cristo ya no es la misma que conocimos; porque ya no queda en ella ningún rastro de sufrimiento o debilidad. Permanece la misma en su sustancia, pero ya no es la misma desde el punto de vista de la gloria. ¿Por qué sorprenderse, por otra parte, de que san Pablo se exprese así a propósito del cuerpo de Jesucristo cuando, hablando a todos los cristianos que viven según el espíritu, les dice: «Desde ahora ya no conocemos a nadie según la carne»?

Con ello quiere decir que nuestra resurrección ha comenzado en Jesucristo. En él, que murió por todos, nuestra esperanza ha adquirido consistencia. Ninguna duda ni reticencia en nosotros, ninguna decepción en la espera: las promesas se han comenzado a cumplir ya, y con los ojos de la fe, vemos las gracias de las que mañana seremos saciados. Nuestra naturaleza ha sido elevada; entonces, con gozo, poseemos ya el objeto de nuestra fe...

Que el pueblo de Dios tome conciencia que es «una nueva creación en Cristo» (2 Co 5,17). Que comprenda bien quién le ha escogido, y a quién él mismo ha escogido. Que el ser renovado no vuelva a la inestabilidad de su antiguo estado. Que el que «ha echado mano al arado» no cese de trabajar, que vele sobre el grano que ha sembrado, y que no se gire a mirar lo que ha abandonado. Este es el camino de salvación; esta es la manera de imitar la resurrección en Cristo.

SAN AGUSTÍN, *Sermón 100,1-3*

Escuchad lo que Dios me ha inspirado sobre este capítulo del Evangelio. En él se lee cómo el Señor se comportó distintamente con tres hombres. Rechazó a uno que se ofreció a seguirlo; a otro que no se atrevía, lo animó; por fin, censuró a un

tercero que lo difería. ¿Quién más dispuesto, más resuelto, más decidido ante un bien tan excelente, como es seguir al Señor a donde quiera que vaya, que el que dijo: *Señor, te seguiré adondequiera que vayas?* (Lc 9,57). Lleno de admiración, pregunta: «¿Cómo es eso? ¿Cómo desagradó al maestro bueno, nuestro Señor Jesucristo, que va en busca de discípulos para darles el reino de los cielos, hombre tan bien dispuesto?». Como se trataba de un maestro que preveía el futuro, entendemos que este hombre, hermanos míos, si hubiera seguido a Cristo, hubiera buscado su propio interés, no el de Jesucristo, pues el mismo Señor dijo: *No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos* (Mt 7,21). Éste era uno de ellos; no se conocía a sí mismo, como lo conocía el médico que lo examinaba, porque si ya se conocía mentiroso, falaz y doble, no conocía a quién hablaba. Pues es él de quien dice el evangelista: *No necesitaba que nadie le informase sobre el hombre, pues él sabía lo que había en el hombre* (Jn 2,25). ¿Y qué le respondió? *Las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza* (Lc 9,58). Pero, ¿dónde no tiene? En tu fe. Las zorras tienen escondites en su corazón: eres falaz. Las aves del cielo tienen nidos en su corazón: eres soberbio. Siendo mentiroso y soberbio, no puedes seguirme. ¿Cómo puede seguir la doblez a la simplicidad?

En cambio, a otro que está siempre callado, que no dice nada y nada promete, le dice: *Sígueme* (Lc 9,59). Cuanto era el mal que veía en el otro, tanto era el bien que veía en éste. Al que no quiere, le dice: *Sígueme*. Tienes un hombre dispuesto – *te seguiré adondequiera que vayas* –, y dices: *Sígueme* a quien no quiere seguirte. «A éste –dice– le excluyo, porque veo en él madrigueras, veo en él nidos». Pero ¿por qué molestas a ése que invitas y se excusa? Mira que le impeles y no viene, le ruegas y no te sigue; pues, ¿qué dice? *Iré primero a enterrar a mi padre* (ib.). Mostraba al Señor la fe de su corazón, pero le retenía la piedad. Cuando nuestro Señor Jesucristo destina a los hombres al Evangelio, no quiere que se interponga excusa alguna de piedad carnal y temporal. Ciertamente la ley ordena esta acción piadosa, y el mismo Señor acusó a los judíos de echar abajo ese mandato de Dios. También dice san Pablo en su carta: *Éste es el primer mandamiento de la promesa. ¿Cuál? Honra a tu padre y a tu madre* (Ef 6,2). No hay duda de que es mandato de Dios. Este joven, pues, quería obedecer a Dios, dando sepultura a su padre. Pero hay lugares, tiempos y asuntos apropiados a este asunto, tiempo y lugar. Ha de honrarse al padre, pero ha de obedecerse a Dios; ha de amarse al progenitor, pero ha de anteponerse el Creador. Yo –dice Jesús– te llamo al Evangelio; te llamo para obra más importante que la que tú quieres hacer. *Deja a los muertos que entierren a sus muertos* (Lc 9,60). Tu padre ha muerto. Hay otros muertos que pueden

enterrar a los muertos. ¿Quiénes son los muertos que sepultan a los muertos? ¿Puede ser enterrado un muerto por otros muertos? (...) Le amortajan, le llevan a enterrar y le lloran, a pesar de estar muertos, porque aquí se trata de los infieles.

En este texto nos ordenó el Señor lo que está escrito en el *Cantar de los Cantares: Ordenad en mí el amor (Cant 2,4)*. ¿Qué significan esas palabras? Estableced una jerarquía, un orden y dad a cada uno lo que se le debe. No sometáis lo primario a lo secundario. Amad a los padres, pero anteponed a Dios. Contemplad a la madre de los Macabeos: *Hijos, no sé cómo aparecisteis en mi seno (2 Mac 7)*. Pude concebiros y daros a luz, pero no pude formaros. Luego oíd a Dios, anteponedle a mí, no os importe el que me quede sin vosotros. Se lo indicó y lo cumplieron. Lo que enseñó la madre a sus hijos, eso mismo enseñaba nuestro Señor Jesucristo a aquel a quien decía: *Sígueme*.

Ahora entra en escena otro que quiere ser discípulo, quien, sin nadie haberle dicho nada, confiesa: *Te seguiré, Señor, pero antes voy a comunicárselo a los de mi casa (Lc 9,61)*. En mi opinión, el sentido de las palabras es el siguiente: «Avisaré a los míos, no sea que, como suele acontecer, me busquen». Pero el Señor le replicó: *Nadie que pone las manos en el arado y mira atrás es apto para el reino de los cielos (ib.)*. Te llama el oriente y tú miras a occidente. El presente capítulo nos enseña que el Señor eligió a los que quiso. Como dice el apóstol, eligió según su gracia y conforme a la justicia de ellos.

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Bendito sea el Señor que nos ha regalado la libertad gloriosa de los hijos de Dios!

El curso ya está casi cerrado y después de unos días sofocantes, a la hora de escribirte, disfruto de una suave brisa que me hace disfrutar aún más si cabe, del café que me estoy tomando.

Si te has fijado en las lecturas de hoy, cuando san Pablo dice que «para ser libres nos liberó Cristo», no se refiere a esclavitudes externas, como la del pueblo de Israel en Egipto o en Babilonia. El apóstol se refiere a la libertad que Cristo nos da al rescatarnos de nuestras esclavitudes internas: el tributo que pagamos servilmente a nuestro amor propio. Por eso, el apóstol aclara: «Hermanos, habéis sido llamados a la libertad; ahora bien, no utilizéis la libertad como estímulo para el egoísmo; al contrario, sed esclavos unos de otros por amor» (*Gál 3,13*). En realidad, nacemos esclavos de nuestro yo, mí, me, conmigo, y la vida nos reta a ser libres mediante la entrega generosa a los demás. Por eso, la tentación del hombre en su marcha hacia la libertad es mirar hacia atrás añorando todo aquello de lo que se ha desprendido. El pueblo de Israel, ante la dificultad de ser libre en el desierto, miraba hacia atrás y hambreada los ajos y cebollas de Egipto, es decir, **la esclavitud en la que en cierto sentido vivía cómodamente; al menos, con ajos y cebollas.**

Y si has leído el Evangelio de hoy, Jesús dice que quien mira hacia atrás no vale para el Reino de Dios. El contexto de estas palabras es el relato de tres personas que se acercan a Jesús **porque quieren seguirle**, y Jesús les plantea la vocación con toda claridad. A uno le dice: *las zorras tienen madrigueras y los pájaros nido, pero yo no tengo donde reclinar la cabeza*. Otro quiere seguirle, pero le pide primero enterrar a su padre, es decir, esperar a que su padre muera. Jesús le responde sin contemplaciones: *deja que los muertos entierren a sus muertos*. Por último, otro le pide despedirse de su familia antes de seguirle, y Jesús replica: *quien pone la mano en el arado y mira hacia atrás no vale para el Reino de Dios*.

Y me hago la siguiente pregunta: ¿Qué se esconde detrás de esta pedagogía sorprendente? Sencillamente la llamada a la libertad. Dios no admite condiciones cuando se trata de servirle y trabajar por su Reino. Quiere hombres libres: sin ataduras de ningún tipo. La vocación es una llamada a la libertad plena, la que se ejercita frente a sí mismo cuando el hombre pone su vida a disposición de Dios. Mirar hacia atrás supone retornar a la esclavitud, al anhelo de lo que un día se

entregó incondicionalmente. Es la tentación del hombre que desea recuperar espacios **para sí mismo olvidando que Dios basta y llena la vida plenamente**. Se añoran los afectos perdidos, las posesiones abandonadas y hasta los pecados cometidos. Preferimos la esclavitud a la libertad.

Cristo educa en la libertad. Cuando envía a los suyos a predicar, les pide que no lleven nada, salvo un bastón y sandalias. Se trata de vivir en la confianza suprema en Dios y a la intemperie. Este tipo de libertad hoy no se entiende. Preferimos depender de nosotros mismos, de nuestras cosas, seguridades, costumbres arraigadas, diversiones y todo tipo de distracciones. Exaltamos la libertad, pero si nos miramos bien, somos más esclavos de lo que creemos. Mirar hacia el futuro engrandece nuestra sed de libertad y de progreso. Mirar hacia atrás nos impide desarrollar nuestras posibilidades y nos ata al pasado del que terminamos dependiendo con la falsa ilusión de conservar nuestra historia. Pero sólo quien pone la mano en el arado, sólo quien vive en la confianza en el Señor y deja de mirar atrás, abre surcos de vida y de esperanza. Sólo ese vale para el Reino de Dios.

Que tarde se me hace siempre. Perdona que no pueda entretenerme más, pero debo preparar la mochila porque en breve me voy de campamentos. Saluda a tus padres y a nuestros hermanos enfermos y tú, mi buen amigo, recibe un abrazo,

Doroteo